

CON CARLOS RUIZ-FUNES

SI, con Carlos, no ahora, ni hoy, cuando nos hiere el dolor. Siempre. Con su honda bondad. Con su amistad cultivada con la delicadeza de un poeta, con el rigor del hombre justo. Con momentos inolvidables, momentos que dejan bien marcada la vida. ¿Cuándo empezaron? Dejadme que os diga que hay en cada ciudad, pero quizás en Murcia como en ninguna, unos hombres que humanizan lo que ya se está convirtiendo en frías máquinas de vivir. Una ciudad puede ser un mero lugar administrativo, y así, desdichadamente, es Murcia para algunos. Una ciudad, sin embargo, es ante todo un lugar de hombres. Ciudad de hombres generosos, Murcia. Ciudad que acoge al foráneo, al que tantas veces es hurtaño por falta de clima. Ciudad de hombres cordiales, en muchas generaciones. No hablaré de las más jóvenes, porque ya hay aquí sangre de mi sangre. Hablaré de días ya algo lejanos, hablaré de aquellos días en que ya sabía yo de Carlos Ruiz-Funes, como de Andrés Sobejano. Días en que traía la interrogación de cómo sería Carlos, este hombre cotidiano y hondo, suave y hondo, alegre y hondo, con frescor del hontanar, verdad de agua siempre ofrecida. Sí, esto era, esto es Carlos. El ofrecimiento, el darse, el darse a amigos. Y en Florencia, de pronto, con Jorge Guillén, se hablaba de Carlos. Y en París, con Charles Aubrun, en medio del bullicio del patio de la Sorbona, o en fraternales comidas, se hablaba de Carlos. O al lado del Rhin, se hablaba de Carlos. Y era su amistad, maravillosa prenda, su delicadeza, y su saber y su sensibilidad. Este hombre que regalaba, con generosidad, sus libros. Este hombre al que quería Pedro Salinas, y Jorge Guillén, y Camilo José Cela, y nosotros, los amurcianados, entre otras cosas porque él lo hacía. Y su discreción, su voluntad de ser el puro donador. Le pedí hace años que escribiera sobre revistas murcianas: no escribió, me regaló algunas.

Nos recibía siempre con cordialidad; elegíamos las horas en que cedía su trabajo, porque era un hombre del comercio, como uno de los grandes



burgueses y comerciantes del Renacimiento. Cuando venía Jorge Guillén, era en su sombrerería la reunión de poetas y escritores, y profesores. El nos presidía, Carlos, poeta de la amistad y la sensibilidad. Y nos encontrábamos en los conciertos, oía las conferencias, siempre, si éramos nosotros los protagonistas, buscábamos su comentario, que era justo y amistoso. ¡Aquellas horas...! Horas de charla, las últimas cuando vino Harri Meier, el gran sabio, que al lado de Carlos, y por dicha en mi casa, tan europea; y tan raigalmente murciana, cuando un gran escritor de diarios le preguntó por su experiencia (quizás por la catalización de Carlos), reveló sus más íntimas y personales experiencias.

Con Carlos... Carlos, tan símbolo de esta humanidad murciana, tan delicada, con —a veces— apariencias duras; tan amistosa, con —a veces— ironías y juicios temibles; tan entregada y siempre, por ventura, tan exigente. Carlos, sus libros, Ana, Carmen, sus amigos, los nuestros, sus cuadros, su vivir diario, su delicada y exigente manera de juzgar. Carlos, amigo... Con Carlos Ruiz Funes, siempre. Más hoy, cuando nos hiere el dolor, cuando lo necesitamos, cuando sentimos, muchos, que tenemos un hueco, que nuestra vida es más sorda y pobre sin su plena humanísima amistad. Con Carlos, en Murcia, hecha mía, en mucho gracias a él, con él estaremos siempre.

